CHELITE

I

Tan hondamente se grabó en mi memoria de niña aquel viaje de Sevilla á Dos Hermanas, que hoy lo revivo con sensación de realidad. Era en Febrero y casi al amanecer, pero la vegetación como de Mayo y la luz como de medio día.

La locomotora resopló fuerte como jayán que jadea al levantar una carga, echó de sus entrañas humareda espesa y vedijosa que corrió rastrera enredándose al rodaje férreo; rechinaron cadenas, chocaron topes, cliquetearon chapas y vidrios y arrancó el tren dejando atrás estación, almacenes, material inválido y un largo *mercancías* cargado de traviesas de pino que sangraban fresca savia. Como caballo de sangre lanzóse bufando la máquina por la abierta llanura, limitada por horizontes de suave ondulación bañados en amatista y oro. Íbamos por entre vallados de pitas verdiazules de entonación velazquiana; de vez en cuando, en medio de las pinchudas pencas, ó en los portillos angostos asomaban ya el fiero testuz de brava res

que con valiente mugido retaba al fugitivo tren, ya la airosa cabeza del potro cerrero, cuyo relincho asordaba como clamor de trompeta bélica; cuando la curiosa y riente carilla de una andalucita rural, ó el fresco y tumultuoso grupo de espelurciados angelones murillescos, ó las tiesas orejas y la grave cabezota del *sentido* mastín cortijero, que así variaban los curiosos de la cerca, según que fuese dehesa, cortijo ó huertezuelo pobre lo cercado.

Más allá de estos idílicos primeros términos, arboledas, baldíos ó trigales no eran sino recuadros pajizos, sienosos, cenicientos ó verdes que se esfumaban en la lejanía; brochazos de varias y ricas entonaciones que manchaban las márgenes del gran cuadro, como si la Mano suprema hubiérase gozado en probar por aquellos límpidos horizontes los pinceles empapados en iris.

Empezaba á embriagarme con la luz, la belleza y la fragancia de vida de aquellos campos edénicos, cuando el silbar de la máquina y la parada en seco del tren me advirtieron de la llegada á Dos Hermanas.

En el andén nos aguardaba Ana—la capataza de cierta deliciosa *Alquería*, digno retiro de un matrimonio de poetas,—una mujer vieja, alta, flaquísima, apergaminada y curtida por años y soles, pero cuyos reidores ojos andaluces y cuya boca fresca en la aridez del rostro, revelaban la joven lozanía de una alma buena.

—Bien venías, zeñoritas—saludó ella.

—Buenos días, Ana; ¿cómo va por allá?

—La *Arquería* como una masetita é *arbajaca,* mi *Chelite* tan regüeno—fuera está,—Varme

jecha una rosa, Manué como un jastiá, Bastianiyo y Antonio mú *embarnesío;* pero mi *Osé*... ¿no saben usté lo que habemo pasao hogaño?

—Sabemos que se fué á la guerra del Norte.

—¡El arma mía! Me lo yevaron, contra ley é Dio, ezo hereje, que l'agelito no tenía chicha ni pa alevantá un papeliyo é sigarro. Enfermo estaba, lastimaito der corasón *en deje* que nasió é l'inosente, y eso iscariote me lo dieron por úti, y me lo yevaron al moriero como un corderito. ¿Y qué había é pasá, ¡zeñoritas é mi vía!, sino que en cuantito que er chavá jiso una marcha, se le jincharon la mano y lo pie y al espitá é Madrí me lo yevaron jechesito un *Dersehomo?* ¡Grasia á la güena arma de un sagento que se lo escribió á mi *Chelite!* Es desí, *Chelite* no sabe é letra, pero er cura le declaró lo que venía en la carta, que era la conformiá en que estaba mi Osé. ¿Pa qué le digo que sabélo y vendé jata er resueyo y salí mi *Chelite* volando pa ayá, fue to como la lu de pronto, pa qué ze lo digo, si la zeñora que é madre—á la mía—sabe lo que son estos querere de hijos? Y esta noche llegan, considere la zeñorita cómo tendré er corasón d'arborotao y d'encogío ar memo tiempo. Cuantimá que mañana al arba se mo casa mi Varme. ¡Así estoy yo de contenta, de rendía, de triste y de sobresartá, que paese que m'han dao argún bebeíso jechisao!

—¡Válgame Dios, á mala hora venimos!

—¡Ca no, zeñorita, á la mejó! Si tenemo la casa jecha uno sole pa la do fiestas que s'ajuntan, la güerta é mi niño y la boa é mi Varme, ¡le paese á usté poco!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. POSTAL 1625
MONTERREY, MEXICO

II

Al final de la larga calle de ingreso, orillada de chopos desnudos y geránios acaramelados por la escarcha, volviendo á la izquierda, estaba la casita del capataz apostada como centinela entre el jardín y el camino de la cantera. Delante de la entrada principal retorcíase, agarrado á verde empalizada, el negro esqueleto de una parra, que en verano corría su follaje sobre puertas y ventanas, como mano que la casa extendiera ante sus ojos para librarlos del sol.

Dentro, en la gran estancia común, que es allí cocina, comedor y recibimiento juntamente, ardía la chimenea abarrotada de leña y entraba á ríos la deslumbrante luz andaluza por las puertas de las habitaciones circundantes, que tenían todos sus huecos abiertos de par en par: por todas aquellas bocas tragaba la casa aire, sol, vida y efluvios campesinos; por las puertas y ventanas delanteras entrábanse penetrantes y sutiles los aromas de flores de invernadero, con los de naranjos, magnolias y eucaliptus recién regados, y por la puerta y ventanas zagueras, desde el corral á campo abierto, en que se lavaba la ropa y se amasaba el pan, colábanse de rondón los acres olores rústicos cargados de vida, el vaho de la vecina cuadra, el olor á la ropa que hervía en la gran caldera de lejía, el tufillo animal de cabras, perros y gallinas que allí amigablemente convivían, y el intenso perfume silvestre de mirtos, adelfas y

zarzamoras que se enredaban por las pitas del vallado límite entre la *Alquería* y la cantera tajada al haz de la finca.

—¡Qué *sanlagarda,* zeñorita, eh!—dijo saludándonos Valme, una moza bajita, redonda, lozana y rojimorena, como membrillo serrano, que llevaba la falda arrollada á la cintura, el refajo encarnado chorreando agua de aljofifar, el frondoso pelo rociado de polvo, y nos miraba con los negrísimos ojos chispeantes de júbilo y sobresalto.

—¡Ay!—suspiró, recogiendo cubo y aljofifa—¡pero qué retecansá y qué retecontenta estoy, Vinge der Varme! Hoy llega mi *Oseito,* mañana... mo jechan la bendisiones á Curro y á mí... ¡Jui, qué mieo, qué jormiguillo y qué alegría! Y entre avergonzada y borracha de gozo, se alejó gorjeando una seguidilla.

III

Quieras ó no, tuvimos que quedarnos á presenciar la vuelta de *Osé* y el festejo de la boda de Valme.

¡Qué alegría, qué rebullicio, que revuelos por toda la casa, á medida que se acercaba la tarde! Oíase por las alcobas chapoteo de lavatorios, chirriar de cerraduras de arcas ó baúles; y á un lado, crujir de enaguas almidonadas, al otro, reniegos de mozos apresurados que se disputaban el sitio ó las prendas majas para vestirse de ceremonia.

Por fin, salieron Manuel y Antonio, luciendo los marselleses de fiesta, las fajas nuevas y los

paveros con barbuquejo de lazo; salió Bastianillo con su chaqueta torera al hombro y su camisa como nieve; apareció señá Ana con la saya de merino y la mantilla de tira que lució en su boda, puesta á modo de chal, y por último, Valme crujiendo faralares almidonados y envuelta en la ola roja del pañolón de Manila.

A todo esto iban llegando los *invitados; Rubete* y *Botija,* panaderos del vecino Alcalá de Guadaira, pelimazorca el uno, chiquitín y barrigudo el otro, para justificación de sus alias; el señó Joaquín, *er gigante,* á quien había que hablar con escalera, y er *Pelao,* irónico mote de otro ganso que llevaba la greña hasta los ojos; el señó Vélez, el factor, tipo mixto de patán y empleado ferroviario, hombre cilíndrico y mostoso como un tonel, activo cuanto le permitían sus sebáceas carnes, alegre como una pandereta y buenazo y cariñosote como *Artillero,* el mastín de la *Alquería,* que de una caricia tumbaba á un gañán.

En fin, que ya no se cabía en la casa, cuando próxima la hora de la llegada del tren, y mientras señá Ana despabilaba la candela y cuidaba del substancioso puchero de gallina y de todos los regalos y golosinas que preparaba al hijo enfermo, decidióse que la gente joven—en la que entrábamos los niños—bajase á la estación á recibir á los viajeros.

Corriendo y chillando llegamos á ella mozos y chiquillos; tomó Vélez banderola, cuerno y campanilla, y plantóse al extremo del andén, á punto que silbando y humarajeando asomaba por el camino de Sevilla el *mixto* que iba á Cádiz. Paróse de pronto, corrió el grupo

voceando hacia los coches de tercera, y saltó á tierra *Chelite* solo y envuelto en la manta jerezana que había llevado para abrigar á su hijo. Un grito desgarrador y un estallido de llanto de Valme acogieron al capataz, que se plantó en seco, y mirándola cara á cara, díjole en voz firme y dura: ¡Mardito san lo chiyío é la jembra, capá d'ablandále lo reaño á un león, cuantimá á un hombre! ¿A qué santo viene er yoriqueo?—¡Mi hermano, mi hermano de mi arma! —lloró Valme á gritos.—Tu hermano ya vendrá cuando puá sé; ¡tan y mientra te caya la boca, y como errames una lágrima elante tu mare, te va á acordar é mí!

Habló el capataz tan concluyentemente, que no hubo quien chistase después de él. Tragóse Valme las lágrimas, y mientras Vélez y las muchachas que la rodeaban le daban de beber y trataban de serenarla, emprendimos todos, mustios y perplejos, la vuelta de la *Alquería.*

A la puerta de la finca estaba la madre con los brazos abiertos para recibir en ellos á su hijo; y como ya anochecía, al ver á un hombre que, embozado en la manta destinada á su *Osé,* acercábase á ella, estrechóle con loca alegría contra su corazón. Entonces el palurdo de *Chelite* tuvo uno de aquellos rasgos de ternura tan frecuentes en él, y dijo suavemente al oído de su esposa:—¡No te asustes, *Aniquita* mía, soy yo, pero nuestro niño vendrá pronto, yó lo he visto!...—No pudo seguir; un grito trágico de Ana, que cayó exánime á sus pies, le cortó el relato.

Alzóla él ágilmente y la llevó en sus brazos hasta la casa, donde amorosamente la depositó junto al vivificante fuego de la chimenea, en-

volviéndola cuidadoso en la manta destinada al hijo. Y con tales palabras, desvelos y atenciones como de madre, asistió y confortó aquel bruto á su mujer, que la cuitada comenzó á reanimarse; en sus negros ojos rayó un albor de esperanza, y con el ansioso mirar interrogó á su marido de un modo que él comprendió demasiado.

– ¿Qué?—le preguntó mimosamente, como si se dirigiese á un niño.—Sí, ya yo sé lo que tú quiere y estos amigos tamié; que les cuente tó, toito lo que he visto, y cómo estaba mi *Osé* sétera, sétera. ¡Pó qué má estaba yo queriendo!—exclamó, animándose por grados; y restregándose nerviosamente una mano contra la otra, se plantó frente á la alegre fogata de la chimenea, sacó de la ancha faja yesca y eslabón, encendió un pitillo, y echando humo, carraspeando, gañendo y pateando el suelo con las altas botas de vaca, tomó fuerzas, entró en calor, templó las cuerdas de su pintoresca y fogosa oratoria intranscribible y comenzó á hablar, hablar sin tino, sin medida, sin rienda, como máquina desatada, como reloj descompuesto, como locomotora á todo vapor. Era un palabreo febril, hervoroso, torrencial, que atraia y perturbaba al mismo tiempo; un relato interesante, animadísimo, chistoso, que sin saber por qué, apenaba y oprimía el corazón.

Chelite—la lengua andaluza creó este diminutivo de Joselito—érase un hombre cincuentón, pero fuerte como un roble, lozano y de frescas y rosadas carnes, chiquísimo de estatura, pero bien proporcionado y erguido; de firme perfil clásico, miniaturesco rostro rasurado y mechón caído por la frente, todo lo cual le daba acentuadísima semejanza con el *Capitán del siglo;* era como un *Napoleoncito* de barro vestido á lo rústico y traducido al andaluz.

¡Qué cosas nos dijo! ¿Cómo transcribir ni aproximadamente el relato de su peregrinación por Madrid en busca de su hijo? ¿Cómo dar idea ni aun remota de la impresión que en aquel campesino hicieron nuestra capital, sus calles y sus casas?

Para describir una de éstas, la que habitaba el médico del hospital—decía, vuelto á sus estupefactos oyentes:—¡Una casa é Madrí!... vusotros ¡brutos! no sabéis lo que es eso; ni yo ¡bestia é mí, tampoco lo sabía! Suponerse la casa é lo zeñore—de la alquería,—la Estación del *cerro-carrí,* la casa der cura y la iglesia puestas una sobre otra, ¡y entavía es ma jarta una casa é Madrí!—Aquí los berridos y admiraciones interrumpían al orador.—Yego á la portería—continuaba,—una *juronera* negra como boca é lobo, donde vive la gente *enchiquerá;* y á to esto yo sin jerramienta—navaja;—güeno, po yego y, á grito pelao, porque ayí como jablan chapurrao no le entienden á uno, digo: ¿er zeñó meico del espitá?—Zuba usté p'arriba, me ise una vo salía é loj profundo, y *agarro* y zubo y yamo á una puerta y endirgo mi relasión y me zalen isiendo po una rejiya como d'un confesionario: zuba usté p'arriba ¿Sí? digo yo, po lo que é ahora no me lo isen más; y zubo, zubo, zubo... ¡Cabayero, maj arto que la Girarda! Y me topo con un carpintero, le largo mi pregunta y me contesta mu formá: baje usté pa abajo. ¡Vamo! ¿No era

pa matale? Yego, por fin, en ca er meico, un zeñó mu tieso, mu espetao, mu fingío, que lo mesmo se le importa el espitá que er moro Musa. ¡Lo que yo le pedriqué á aquel hombre pa que me dejase zacá á mi niño, María Santísima! Pero ¡qué! ni verlo quería dejame. Jasta que ar cabo y finiquito—Ana, escucha esto,—¡voy y me planto elantito d'er en esta *manufatura!*—Y el buen hombre se dejó caer de rodillas y con los brazos en cruz delante de la chimenea. Aquí mi madre y yo estuvimos á punto de soltar la carcajada; pero no la soltamos, porque la cara de *Chelite,* bañada por la roja luz de las llamas, tenía una expresión de angustia y dolor que arrancaba lágrimas. Contó después el capataz la entrevista con su hijo en el hospital, pintó la carita del enfermo *blanca, blanca, como las primeras rositas de Mayo,* y díjole á la madre todas las ternezas que para ella le encargó *er cordero.* Aquí me pareció que la voz del hombre enronquecía y se enturbiaba, sin duda por cansancio del larguísimo hablar. Cuando, al fin, calló; agotado, ronco, sofocadísimo, la cara de *Aniquita* expresaba estupor extraño; diríase que tenía miedo á creer y horror á dudar del relato de su marido; pero la fatiga del agitado día, el embate de tan violentas emociones teníanla tan postrada, que fácilmente logró *Chelite* convencerla de que debía recogerse: lleváronsela á acostar entre Valme y otras muchachas, y cuando *Chelite* oyó cerrar la puerta de la alcoba, atrajo á sí á su hijo Manuel, clavó la cabeza en el pecho del mocetón, y sollozando queda, comprimidamente, gimió:—¡Hijo de mi arma, mi

Osé es muerto, entre los braso se me queó como dormío; po no darle á tu mare la puñalá de gorpe, he jecho esa comedia; pero cuando no me ajogó la pena, de puro jierro tengo el corasón!—Y rompió á llorar como un niño.

LA SAETA

I

Felipe Sidonia era un pintor de la estirpe de los Jiménez Aranda, García Ramos y Villegas, de Sevilla. Como ellos, tomó lecciones del suave y tímido Cano, más grande en sus discípulos que en sus obras; pero entre aquella pléyade de maravillosos artistas se distinguía Sidonia por dos personalísimas cualidades: su espiritualismo, casi beatífico, y el esplendor y verdad con que reproducía la luz; era, sobre todo, un prodigioso *luminista,* con lo que no hay que decir si sería colorista, ya que en pintura la luz y el color son inseparables.

La retina de Felipe Sidonia estaba hecha como la de las águilas, para mirar al sol; y viviendo en Sevilla no necesitaba, como el pintor ideado por los Goncourt, irse á buscar singularidades cromáticas ante los escaparates de mineralogía. Para enriquecer y caldear su paleta bastábale con tener ojos, pues donde quiera que allí se vuelven, donde quiera que cae el caliente raudal de la luz sevillana, saltan estrellas, vibran iris y esplenden aureolas, así sea en los vi-

drios del balconaje, que al moverse relampagueando bordan de estrías y redes luminosas las blancas paredes donde tan firmes se recortan las sombras y tan nítidas y transparentes se proyectan y entrecortan penumbras y reverberaciones, ó en los ricos azulejos mudéjares de esmalte metálico, ó en las cajas charoladas de los coches que centellean al pasar, ó en las chapas, armas y trompetería del regimiento que marcha deslumbrando, ó en las aguas del Guadalquivir que refulgen como lamas de fuego, ó en los altos ventanales de la Catedral, donde finge el ocaso incendios de fragua ó igniciones volcánicas y maravillosas.

Y como además de colorista era Sidonia tan poeta, soñador é impresionable, ¡qué tesoros de emoción y de inspiraciones hallaba en las costumbres y fiestas andaluzas, en los toros, *tientas*, romerías, *veladas*, bailes y ferias, y sobre todo en las procesiones, en las incomparables *cofradías* sevillanas.

De éstas, le entusiasmaban dos momentos llenos de indecible poesía; la entrada de *pasos* y *nazarenos* en la Catedral al anochecer, y el tránsito de la Virgen de la Esperanza por las calles á punto de romper el alba. Quien no llore en esos momentos, no es sevillano; y quien en ellos no se emocione hasta la médula, no es artista. Mas para sentir, para conmoverse como se conmovía Sidonia, preciso es tener un organismo como el suyo accesible á las sensaciones más exquisitas, abierto á los más altos ideales, llevar en los nervios y en el alma el *eterno femenino* que caracteriza á los artistas de la raza rafaélica.

II

Pero donde el genio meridional y apasionado de Sidonia desplegó del todo sus alas espléndidas de colorista bañadas en iris y tendidas hacia lo infinito como las de los arcángeles orientales, fue en Italia.

Las tradiciones y los vestigios eternos de Roma, los dos mundos de arte que se columbran desde las ruinas clásicas del Foro y desde el interior de las basílicas orientales; el alba mística del prerrafaelismo y la roja aurora del Renacimiento bañando sucesivamene los nítidos horizontes de Florencia; el voluptuoso paganismo de Nápoles; el áureo bizantinismo y la irisada atmósfera de Venecia, madre del color... la visión esplendorosa de Italia arrebató en éxtasis y abrasó en entusiasmo el alma de Sidonia pura y nueva, como la del Adán genesiaco. Sólo algunos párrafos de las cartas que *per sfogarsi*, según su expresión, escribía á su padre, nos darán idea de aquel deslumbramiento.

"Desde que estoy aquí—escribía de Roma—me parece más grande la humanidad; creo que yo mismo he crecido, se me han ensanchado todos los horizontes, estoy enfermo de admirar." Y en otra carta de Florencia decía: "En Italia no se respira aire, sino inspiración. Yo no sabía lo que eran líneas antes de ver los mármoles del Vaticano; yo ignoraba qué fuera belleza, hasta que he conocido á Rafael; yo ni sospechaba al genio, hasta que me he sentido *aplastado* delante de Miguel Angel. ¿Y el color? Padre, estas

gentes tienen el arco iris metido en la retina."

Allí, en Florencia, se enamoró Sidonia fanáticamente del misticismo de los prerrafaelistas, y empeñóse en infundir á la perfecta forma del de Urbino el alma ascética de Fra Angélico. Y como se pasase las horas en adoración ante los frescos ó las tablas del sublime dominicano, sus compañeros de pensión dieron en llamarle *Fra Filippo* y el *Beato Sidonia*. De aquella estancia suya en la capital del Renacimiento, datan sus primeros triunfos. Allí comenzó su admirable serie *Las mujeres del Evangelio*. ¿Quién no recuerda el *escándalo de gloria* que produjo en París su maravillosa *Berenice*, adquirida á peso de oro por cierto millonario yanqui?

Pero allí empezó para el gran artista la época del trabajo encarnizado, de las embriagueces neurósicas, de los éxtasis epilépticos que depuran al genio y matan al hombre. Para prepararse á realizar la última figura de su serie, *María*, la madre de Jesús, pues ya tenía terminadas las otras Marías evangélicas, se fue á Palestina, y recibida la impresión del ambiente, la luz y las memorias de Jerusalén y de Nazareth, volvióse á Florencia á inspirarse en las celestiales *madonnas* del de Fiésole.

Bosquejada tenía ya la cabeza divina, cuando escribió á su padre una carta incoherente y extraña, en que á vuelta de algunas cosas ininteligibles, le decía: "Padre, desde que he probado la gloria, se me ha centuplicado el sér. ¡Ahora sí que vivo! Pero vivo tanto, tan intensa y desatadamente, que á veces creo que esto no puede durar. ¡Acaso en nuestro rompedizo barro humano no caben las cosas grandes é inmortales!"

III

Poco tiempo después acaeció la catástrofe. Tras de varias semanas de fiebre, alucinaciones y terrores, Felipe amaneció un día sin luz en la mirada ni en el cerebro; el torrente con tantos bríos desbordado, se agotó de pronto; nuestro grande artista habíase quedado mudo, insensible, imbécil, paralítico del alma, ¡peor que muerto!

Así lo decía el mísero padre que acudió desolado á Florencia, llorando inconsolable ante aquel frío simulacro de su hijo. El bueno de D. Lorenzo Sidonia, tan lego, tan profano al arte, sabía en cambio sentirle y admirarle religiosa y supersticiosamente. Así, cuando el sin ventura vió los lienzos magistrales de su Felipe, no pudo menos de arrodillarse delante de ellos y besarlos como á reliquias venerandas. Presente estaba Felipe, y con los ojos cristalinos y fijos parecía ver la escena dolorosa; pero no dió la menor señal de conmoverse ni de enterarse siquiera.

Entonces el triste padre, comprendiendo que algo había roto ó atrofiado en aquel admirable cerebro, puso toda su esperanza en la ciencia; y vendidos á buen precio los cuadros de su hijo, emprendió con él largo y penoso viaje por Europa, en busca de un médico que acertase á despertar aquella inteligencia. Pero, ¿conocen acaso los médicos los secretos de la *célula psíquica*, el punto en que el alma se enlaza con la materia?

IV

Harto de correr mundo, gastar dinero y ensayar sistemas inútiles, volvióse D. Lorenzo á Sevilla con su malogrado hijo, asegurando que si el aire y el sol de aquella bendita tierra no curaban á Felipe, menos habían de curarle con sus latinajos y duchas los sabiondos extranjeros.

Mas en vano respiraba Sidonia el aire nativo; en vano le llevaban á la orilla del río, á la catedral, á todos aquellos sitios queridos en que despertó al arte y á la vida; su inteligencia continuaba dormida, apagada, inaccesible á todo estímulo. No había ni vislumbre de salvación, ni aun de alivio, cuando un día dijo D. Lorenzo á los fraternales amigos del pintor, que no se apartaban de su lado:

—Hijos míos, se acerca la Semana Santa; ya sabéis cuánto impresionaban á nuestro pobre enfermo las cofradías, y sobre todas la de la Virgen de la Esperanza. En esta Señora he puesto yo toda la mía; ayudadme á intentar un último recurso. Quiero llevar á Felipe al mismo sitio en que él veía pasar la Virgen á punto de amanecer. Esa salida á tal hora, el aire de la madrugada, el lugar, el espectáculo... Todo producirá un cambio brusco en la vida metódica del paciente; será como una ducha moral, una impresión violenta.

—Pero, D. Lorenzo—objetó uno de los amigos,—eso es peligrosísimo; pudiera determinar...

—¡Qué!, ¿la eterna amenaza de los médicos, la pérdida de la razón? ¡Más perdida que la tiene! No intenten ustedes disuadirme; estoy resuelto; si esto no le salva... ¡echémonos á morir!

V

Llegó la noche del Jueves Santo, clara, serena, pero ligeramente húmeda, un poco fría. Cerca ya de las cuatro de la madrugada, el padre y los amigos de Felipe, emocionados, temblorosos como si preparasen un duelo á muerte, abrigaron al enfermo, subiéronle el cuello del gabán, y asido de ambos brazos por su padre y por cierto célebre paisajista, y escoltado por otros tres cordialísimos amigos, lleváronselo á lento andar hacia el sitio consabido, una esquina de la calle de Génova.

Clareaba ya tenuemente y comenzaban á destacarse por obscuro las masas de los edificios sobre el tibio verdiazul del cielo; con el aire húmedo y vivo del amanecer, temblaba Felipe levemente y sacudía los brazos entre los de sus conductores.

Apretada muchedumbre silenciosa macizaba el centro de la plaza de San Francisco, y bordeaba, culebreando, las aceras de la calle de Génova, cuando en su esquina derecha, frente al arco plateresco del Ayuntamiento, detúvose nuestro grupo, á tiempo que por la calle de las Sierpes asomaban las primeras luces de la célebre cofradía de San Gil.

D. Lorenzo y sus amigos sintieron la punzan-

10443
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

te sensación de lo inminente. El desenlace de aquel drama, dicha, tragedia, ó glacial decepción se acercaba, estaba allí, venía andando hacia ellos.

Y comenzó el desfile; pasó la Cruz, los *nazarenos*, el primer *paso, el prendimiento de Cristo*, sin que se oyese música, ni voces, ni otro rumor que el resollar contenido de la muchedumbre. A la luz de los cirios que los penitentes llevaban en alto, la cara de Felipe aparecía pálida, afilada, alteradísima por el insomnio y el influjo de la madrugada. La inquietud de D. Lorenzo y los amigos crecía por momentos, mientras por la plaza acercábase un foco esplendoroso de luces y reflejos dorados, plateados, blancos, opalinos: el *paso* de la Virgen.

—¡Madre mía de la Esperanza, sálvamelo!—gimió D. Lorenzo rompiendo á llorar ruidosamente.

Y como Felipe se estremecía convulso y su palidez se hacía cadavérica,

—¡Vámonos!—ordenó el paisajista.

—¡Espera! –rogó el padre.

Como astro que surca la noche, el *paso* de la Virgen vogaba luminoso sobre la viva marea del gentío; se acercaba. Todas las cabezas se bañaban en luz al volverse hacia la Madre Dolorosa. En esto despuntaba el día. Una mozuela de apenas quince años, envuelta en un mantón azul celeste sobre el cual le flotaban á la espalda las negras trenzas, destacóse de la muchedumbre, avanzó hacia el *paso* y su voz ametalada, nítida, angelical como la de los *seises*, rompió el silencio solemne del amanecer entonando con inflexiones virginales, cristalinas, llorosas,

intranscribibles, la penetrante y patética *saeta*.

A las primeras notas el semblante de Felipe se alteró, sus músculos faciales se contrajeron con tirantez dolorosa, temblaron sus labios, pestañeó nerviosamente como si viva luz hiriese de improviso sus ojos. D. Lorenzo juntó las manos en súplica suprema. El *paso* llegaba, y al empezar la niña el tercer verso de su cantar suspirante, la oleada de luz, de incienso, y aroma de rosas que cercaba á la imagen envolvió el dramático grupo de los Sidonias. Por los sentidos anestesiados del pintor circularon corrientes vivas y ascendieron hasta su cerebro olores, notas, reflejos sugestivos y evocadores tan intensos que alcanzaron á despertar recuerdos, sensaciones, ternezas... El hielo estaba roto: los ojos de Felipe se llenaron de lágrimas, llevóse ambas manos al corazón y cayó de rodillas, sollozando como si volviese de un sueño: "¡Ah, la Virgen.., la Virgen, mi cabeza soñada; ya... ya la veo! ¡Madre mía!

La primera idea al recobrar la razón empalmóse con la última que tuvo antes de perderla: su cuadro, su esbozada cabeza de *María*.

—¡La Virgen le ha salvado!—gritó loco de júbilo D. Lorenzo.

—¡Viva la Virgen de la Esperanza!—clamó arrebatada de fervor la gente que había presenciado la escena.

—¡Viva!—tronaron transidos de entusiasmo los macarenos, frenéticos por su Patrona.

Y mientras la Virgen seguía entre delirantes aclamaciones su carrera triunfal, Sidonia, su padre y sus amigos, lloraban de rodillas en la esquina de la calle.